

**EL LABERINTO
DE PETER PAN**

Uno

Algunas personas somos soñadoras y otras realistas, pero la vida, en general, no suele ser fácil ni para unas ni para otras, quizá sea porque tenemos prisa por vivir, o por la dificultad para comprender que el camino se hace paso a paso, y en ese avanzar es cuando aprendemos de los aciertos y errores.

Nuestras son las frustraciones que el vivir provoca, nuestros son los sueños que mueren con la experiencia, y nuestra es la responsabilidad de esforzarnos para que tras cada desengaño surjan con fuerza otros sueños por los que luchar. La felicidad o desdicha con la que atravesamos el camino dependerá de a qué demos vida y qué dejemos morir, pero siempre, siempre habrá espacio para los sueños mientras cuidemos del niño que llevamos dentro. Quienes no sueñan, porque están excesivamente apegados a la realidad, no cuentan.

Ester se detuvo frente al edificio de dos plantas, observó cómo, pese a las numerosas ventanas, apenas trascendía un esbozo de la frenética actividad desplegada dentro. Una ráfaga de nostalgia le cruzó el pecho, estaba especialmente sensible, fue incapaz de evitar la tristeza al pensar en la velocidad a la que el tiempo transcurre, tuvo la sensación de que

apenas habían pasado cuatro días desde que era niña, una niña que, como su hijo, imaginaba qué sería de mayor sin poner límites a las posibilidades, aún no sabía que la realidad va modelando la fantasía a su antojo y nos obliga a reconciliarnos con nosotros mismos; en caso de no hacerlo viviremos en una batalla feroz y permanente que acabará en autodestrucción. Ester echó la vista atrás desde el punto en el que se encontraba, vio un camino plagado con los sueños que nunca se hicieron realidad.

Hizo un esfuerzo para abandonar la añoranza, pero no fue fácil, en aquellos momentos su corazón era un terreno reblandecido e inundado por la preocupación, había perdido el trabajo, no tendría que ser una tragedia pero se le antojaba que lo sería, la razón escapaba a su intelecto. Buscó la parte buena y no tardó en hallarla, tendría más tiempo para estar con su hijo. Balanceando las pérdidas y las ganancias quiso calmarse, pero sintió que ya no era tan joven y una ráfaga de nostalgia atravesó su frente, era absurdo achacar la frustración a la edad, al fin y al cabo en la niñez también se abren grietas por las que se escapa la ilusión, luego pasa el tiempo y comienzan a llegar los recuerdos, invadiendo el alma con todo lo que fuimos y lo que no supimos ser.

Observó a otros adultos que había alrededor, aguardaban sumidos en sus pensamientos a que abrieran las puertas del colegio. Estuvo a punto de preguntarles si también tenían dudas, dudas de todo y al mismo tiempo de nada, pero qué sentido tiene saber lo que sienten los demás cuando no se comprende el propio sentimiento.

Sobre el tejado de la escuela retozaban riadas de sueños poblados por algún que otro fantasma, en las aulas reinaba la

fantasía de un mañana imposible y la alegría de un presente que desconoce los límites del tiempo, quizá sea una de las ventajas de ser niño. En el corazón de Ester permanecía adormilado el recuerdo de una infancia que se fue diluyendo en la risa húmeda de los desengaños. La explosión de júbilo que se escapó del colegio al abrir las puertas la hizo volver al presente con todas las amenazas que encerraba. Los niños lanzaban sus voces al viento por el placer de oírse a sí mismos, todo lo contrario de lo que solemos hacer los adultos, que subimos el volumen de las voces externas para no oír las internas.

Entre el bullicio de la chiquillería apareció su hijo, la pequeña mochila a la espalda era el único peso con que cargaba, la emoción dibujó en su cara una sonrisa repleta de besos que exhibió abiertamente para que el niño no descubriera la preocupación que la embargaba.

Guillermo vio a su madre nada más cruzar la puerta y se sorprendió, no estaba acostumbrado a que fuera ella quien lo recogiera. Como niño que era se le ocurrió que la mejor manera de celebrarlo sería jugando, se escondió detrás de sus compañeros como si quisiera desaparecer. Ester comprendió que lo único que pretendía era prolongar un momento de felicidad. Parecía algo atolondrado, pero no, aquella era la mejor manera de expresar la alegría por el inesperado encuentro, y en un inocente alarde de ilusionismo creyó hacerse invisible. Ester hizo lo que pensó que él quería que hiciera y fingió buscarlo como si no lo hubiera visto, esperó y tardó un instante en aparecer dando saltos y riendo divertido, ella exageró su asombro y consiguió que en la cara de Guillermo se dibujara la certeza de que su ocurrencia había sido genial.

—¿Te he asustado, mamá?

—Pues sí, menudo susto, no te había visto. ¿De dónde has salido?

—Yo sí que te he visto mamá, estaba ahí... ¿y el abuelo?

—Hoy no ha venido.

—¿Por qué, le duelen las piernas otra vez?

—No, está bien. Pero bueno, ¿no te alegras de que haya venido yo?

—Sí, claro que sí, mamá, mucho.

—Pues venga, dame otro abrazo grande, grande.

Se abrazó al cuello de su madre con fuerza, estaba acostumbrado a su olor y a la suavidad de su pelo, pero allí y a aquella hora, muy pocas veces la había abrazado. Guillermo aún no entendía las cosas de los mayores, sin embargo notó algo descolorido en los besos que le caían en tropel, la risa de su madre no era como otras veces, había algo nuevo y desconocido llamado incertidumbre, aun así, le gustó mucho que fuera a buscarlo y hasta miraba con orgullo a los otros niños.

—Mira, mamá, hoy me he portado muy bien, la maestra me ha dicho que escribo como un niño mayor.

—Anda, eso es estupendo y me gusta mucho.

—Es que leo mejor que Pablo, que ya ha sido su cumple.

—Mira qué bien, pero tú cumplirás años muy, muy pronto.

—Mami, algún día vendrá el abuelo también, ¿verdad?

—Desde luego, ya sabes que él te quiere mucho y le gusta estar contigo.

—¿Y cuánto falta, mamá?

—¿Cuánto falta para qué?

—Mi cumple. ¿Muchos días o pocos?

—Bueno, unos poquitos, casi un mes.

—El abuelo me ha dicho que no te lo puedo decir porque es un secreto, pero me va a regalar el traje de Peter Pan.

—¡Anda!, me acabas de decir un secreto. Bueno, pues no le diremos al abuelo que lo sé, porque los secretos no hay que contarlos nunca.

Ester se había hecho el propósito de disfrutar de la compañía de su hijo. Había trabajado en su propia tienda en los últimos años y no tuvo muchas oportunidades de dedicarse a él tanto como deseaba, así que a partir de aquel día procuraría recuperar el tiempo perdido; sin embargo, la vida, tan llena de rincones oscuros, la ponía a prueba. Consciente de ello, tomaba sorbos de una mezcla hecha de tristezas y buenos propósitos. Lo que más la preocupaba era la situación económica, al pensar cómo les afectaría se le helaba la sonrisa.

No tenía la certeza de haber tomado la mejor decisión, ni era lo que le apetecía, pero bajar la persiana de la tienda definitivamente le pareció lo más acertado. Miraba a Guillermo con los ojos del alma y notaba la alegría, sin duda para él era bueno estar con su madre, los niños siempre están necesitados del cariño y cuidados de los suyos, pero ¿qué ocurriría si no podía protegerlo de las carencias materiales? Ahora solo dispondrían del modesto sueldo de Quico como administrativo en una empresa pequeña. Ese era el runrún que no cesaba, el motivo por el cual, al tiempo que se sentía feliz y disfrutaba con los comentarios ingenuos de Guillermo, no dejaba de dar vueltas a cómo lo harían para cubrir todos los gastos.

Aparentemente todo seguía igual, las conversaciones, los gestos, las bromas y juegos en casa no habían cambiado. Se propusieron que el niño percibiera normalidad pese a las dificultades que comenzaban a surgir, para eso estaban los

mayores, para enfrentarse a los problemas. Jugaron los tres un ratito por la noche, como siempre, después hablaron del próximo cumpleaños y del regalo secreto del abuelo. Lo acompañaron a la cama y juntos leyeron un cuento, tal como hacían desde que era un bebé.

A Guillermo le gustaban mucho los cuentos, le parecía maravilloso oír a sus padres contarlos, lo hacían como si la historia estuviera ocurriendo de verdad, de modo que no le costaba nada imaginarse que era el protagonista.

De todas las historias, la de Peter Pan era su favorita, no se cansaba de escucharla. El primer libro se lo regalaron cuando aún no sabía ni pasar las hojas; sin embargo, solo necesitó unos días para reconocer a todos los personajes. Desde entonces, el libro y la historia lo acompañaban a todas horas, las aventuras del niño vestido de verde formaban parte de su vida, no sabía cuántas veces se lo habían leído. Él era Peter Pan y volaba con Campanilla, o peleaba con el capitán Garfio, por supuesto ganaba todas las batallas, incluso se permitieron la licencia de hacer algunos cambios en la historia para que su padre fuera un Capitán Garfio muy especial. Guillermo no tenía duda, jamás dejaría de ser como Peter Pan.

Pero los niños no siempre están metidos en una burbuja de fantasía, eso es algo que a los mayores nos gusta pensar para estar más tranquilos, el mundo real se abre paso poco a poco entre sus ideas y las modifica, pero a veces lo hace de manera abrupta, trastocando esa compañera maravillosa que es la fantasía en algo horrible.

Guillermo sabía más de lo que sus padres creían, y cuando ignoraba algo construía una explicación a la medida de sus necesidades. Ester y Quico procuraban por todos los medios

que no aparecieran monstruos en los sueños de su hijo. Reforzaron las caricias, el juego y las sonrisas para que no percibiera que algo iba mal. Los problemas de los adultos nunca deberían alcanzar a los niños, estaban convencidos de ello, sin embargo, cuando creyeron que Guillermo dormía, hablaron del problema que suponía la nueva situación. La conversación no era fácil de comprender para un niño de casi siete años, aún no conocía el significado de todas las palabras, el tono sí, y eso fue lo que lo llevó a percibir que alguna pieza del engranaje había salido de su sitio. No hablaban como otras veces. Desmenuzaron la necesidad de salir adelante ajustándose a las posibilidades que da un sueldo no muy elevado, para ello dejarían de comprar algunas de las cosas que hasta entonces consumían de manera habitual, y, por supuesto, Ester buscaría trabajo. Entre las oleadas de extrañas palabras, Guillermo comprendió que les faltaba dinero, y llegó a la conclusión de que sus padres no sabían que el dinero se puede hacer, o se puede sacar de un cajero que ponen los bancos en la calle, tendría que decírselo.

—Tengo miedo... —oyó decir a su madre.

Por qué tendría miedo una mamá, si ella siempre le decía que no había que temer nada. No podía ser que los mayores dijeran una cosa que no fuera verdad, eso era muy raro, y empezó a preocuparse. Sus padres hablaban de hacer todo lo posible para gastar menos porque solo tendrían la mitad de los ingresos, además tenían que hacer frente a la deuda ocasionada por la tienda en el último año. Ester lamentaba no haber tenido el coraje de cerrar mucho antes, cuando empezó a generar pérdidas, claro que no lo hizo porque creyó que la mala racha pasaría pronto, que volvería a lo de antes, pero la

crisis se fue agravando y las ventas cayeron en picado, era imposible mantenerse a flote.

—¿Qué va a ser de nosotros? —el profundo suspiro que acompañó a la pregunta le sonó a Guillermo muy mal y le metió en el pecho un nubarrón muy negro.

Las palabras de su padre fueron, como siempre, un bálsamo, al menos así lo intuía él.

—Bueno, no sufras demasiado, ya encontraremos algo para ti, la verdad es que todo se está complicando, pero vamos a ser optimistas, yo creo que pronto tendrás trabajo de nuevo, a veces las cosas ocurren para bien.

—No sé, me siento culpable, quizá podría haber hecho algo para atraer clientela...

—No te calientes la cabeza, ya lo has intentado, es la maldita crisis.

Siempre repitiendo aquella palabra tan absurda, «crisis». ¿Qué sería eso?, se preguntaba Guillermo, a saber..., pero no le gustaba nada porque sus padres la nombraban con tristeza. Insistían en que para él todo debería continuar igual, que había que evitar que sufriera con los problemas de los mayores, que cuidarían de que nada cambiara, que lo fundamental era que su vida fuera tan apacible y cómoda como siempre.

—Sí, pero los niños son muy vulnerables y los primeros en padecer las consecuencias.

A pesar de estar algo aturdido por el sueño, escuchaba la conversación y se preguntaba qué sería lo que había ocurrido para que tuvieran miedo y dijeran tantas palabras raras. Guillermo pensó decir a su madre que si el problema era llevarlo al colegio, no tenía motivos para preocuparse, cuando al abuelo le dolieran las piernas y no pudiera

llevarlo, él iría solo, ya sabía el camino y podía ir sin que nadie lo acompañara. Era muy fácil: para cruzar la calle se fijaría en el muñequito verde del semáforo, y ya está. «Ellos creen que no sé nada, pero sí que sé muchas cosas», pensaba mientras permanecía atento a la conversación, la curiosidad por lo que decían era mucha y hacía un esfuerzo para no quedarse dormido.

—Por supuesto, cariño, tan mal no nos van a ir las cosas, ya nos encargaremos nosotros de que nuestro hijo esté bien.

—Pero si yo estoy bien, ¿por qué dicen eso?

—¿Sí, pero hasta cuándo podremos mantener ese bienestar? Con la hipoteca y todos los gastos va a ser imposible —continuaban diciendo.

—No sabemos cuánto tiempo durará esta situación, pero no nos pongamos en lo peor, desde el gobierno dicen que será breve.

—Qué van a decir...

Luego llegaron otras palabras complicadas. Quico dijo que había que establecer prioridades y privarse de lo superfluo hasta que consiguieran volver a niveles anteriores. Les oyó decir que lo primero de todo era el niño, Guillermo, es decir él, era lo más importante para sus padres y eso le gustó oírlo. En segundo lugar pusieron la hipoteca, total que si ajustaban el presupuesto no sería tan grave. Para Guillermo, la mayoría de las palabras no tenían sentido, así que no sabría explicar por qué no le gustaban, lo cierto es que le dejaban en su cabe-cita un runrún muy desagradable. Le pareció entender que era algo malo, que la culpa era suya porque los papás se gastan todo el dinero en comprar cosas para sus hijos, pero qué podría hacer si no era más que un niño.

Ester y Quico se extendieron en la conversación porque necesitaban establecer con nitidez qué era de verdad necesario. Todo es necesario menos los caprichos, al menos eso fue lo que entendió Guillermo, y eso le pareció mal asunto, porque le decían con frecuencia que era muy caprichoso, entonces, ¿qué pasaría? Tuvo que hacer un esfuerzo para oír las últimas palabras, el sueño se había apoderado de su voluntad y no quedó liberado hasta que su madre lo llamó varias veces a la mañana siguiente.

—Venga dormilón —lo abrazó y le sopló en el cuello, le encantaba porque le hacía cosquillas y era muy divertido—. Vamos a desayunar que es hora de ir al cole.

—Si con el coche llegamos muy pronto, mamá.

—Pues mira, he pensado una cosa.

—¿Qué, mamá?

—Que a partir de hoy iremos sin coche, como ahora no tengo trabajo aprovecharemos para hacer deporte, tú y yo —le dolía en el alma, no porque la distancia fuera mucha, que no lo era, sino porque significaba privarse de lo que hasta entonces era habitual. Si aquello no era un fracaso, ¿cómo llamarlo?

—Pero es que a mí me gusta ir en coche.

—Es mucho mejor hacer deporte, te pondrás fuerte y muy grande porque andar es muy, muy bueno; además, los coches ensucian el aire y no podemos respirar bien con tanta contaminación. Tú quieres ser fuerte y grande, ¿verdad?

—Muy grande, mamá... ¿Ya no trabajarás nunca más?

—Bueno... espero que sí, pero quizá tarde un poco. ¿Tú qué prefieres, que me vaya a trabajar o que esté contigo?

—Conmigo. ¿Y vendrás a buscarme al cole, mami? Yo quiero que vengas siempre, y que me lleves al parque, pero también quiero que venga el abuelo.

—Pues por ahora iré todos los días, y el abuelo también vendrá cuando no le duela nada.

—¿Ya no tenemos una tienda?

—No.

—¿Y por eso tienes miedo?

—¿Miedo? No tengo miedo, cariño. ¿Por qué dices eso?

—Pues tú dijiste anoche que tenías miedo, que yo lo oí.

—No, eso fue una broma que le dije a papá —¿cómo era posible que se hubiera enterado de la conversación?

—¿Y por qué decíais que no tenemos dinero, de broma?

—Sí, claro, papá está trabajando y le pagan un sueldo.

—¿Qué es un sueldo?

—Pues el dinero con el que nosotros compramos las cosas que necesitamos.

—Yo, cuando sea mayor, voy a comprarme una moto.

Para Guillermo, el mundo se había puesto a girar en el sentido correcto. Campanilla había espolvoreado su magia y le estaba ayudando para que su madre pasara mucho tiempo con él, ahora sí podría hablar y jugar con ella todos los días. Por el contrario, Ester veía la otra cara de la moneda, había comenzado a saborear la decepción al comprobar que sus ideales de vida se iban a pique. Le dolía pensar que su hijo, al que habían traído al mundo con tanta ilusión, y del que fueron responsables desde el primer momento, por obra y gracia de vete a saber quién, estaba muy cerca de conocer la escasez, y quizá algo más que la escasez. El proyecto para que su hijo viviera mejor que ellos hacía aguas.

Para Guillermo todo era muy sencillo, tenía lo que deseaba, sus padres eran buenos y su abuelo también lo quería, lo acompañaba al parque y a la escuela muchas veces, así que no

comprendía cuál era la razón para que hablaran de problemas, Si era por eso que llamaban hipoteca, él no la quería porque no sabría qué hacer con una cosa tan rara.

Dos

Hay sombras que nublan la vida a muy temprana edad; a veces, cuando el niño aún no puede distinguir lo bueno de lo malo. Si los mayores, acuciados por sus propias sombras, no encuentran la manera de abrir ventanas, la oscuridad se impondrá por siempre jamás.

—Vamos Pablo, espabila de una vez que no tengo todo el día, y come en condiciones, que pareces un bebé —Elena volvía a estar de mal humor.

—No quiero más.

—Ah, no quieres más, ¿y tú crees que para eso me dejo la vida en la cocina, para luego tirar la comida a la basura?, pues estás equivocado, ¡come! —el malhumor de Elena iba en aumento.

—Es que no tengo más gana —sus grandes ojos negros mandaron una señal de miedo a su madre pero ella no supo interpretarla.

—Anda, cómete eso ahora mismo si no quieres que me enfade —sabía que su hijo no era el responsable de sus males, pero no conseguía protegerlo del agrio resentimiento.

—Que no tengo gana.

—He dicho que te lo comas y te lo comes aunque no tengas gana —gritaba Elena—; y no empieces a hacer pucheros.

—No quiero comer, no quiero —Pablo hacía cuanto sabía para contener el llanto pero las lágrimas caían por sus mejillas y condimentaban la comida.

Elena cogió el tenedor y pinchó con ganas en los macarrones:

—Abre la boca y traga. ¡Traga, te estoy diciendo!

Notaba la masa de comida arrastrarse perezosa desde la lengua hasta el paladar, sin pensarlo presionó las glándulas salivares para que se mantuviera húmeda, luego apretó los labios y empujó la comida garganta abajo. No quería que su madre se enfadara porque se ponía a gritar y le daba miedo, pero cuando la bola de macarrones parecía que iba a llegar a donde tenía que llegar, recibió un impulsó en dirección opuesta, regresó hasta la boca y fue capaz de abrir todas las compuertas que encontraba a su paso. Antes de encontrar el modo de retenerla, la comida había salido, desparramándose por el suelo y sobre la ropa. El aspecto que tenía era mucho más feo que cuando estaba en el plato, y a Pablo le dio un escalofrío al ver semejante cosa.

—Es que no puede ser, no sé por qué razón merezco este castigo, pero estoy harta, ¿me entiendes? ¡Harta! Qué desastre de niño, no sirves para nada —inmediatamente, Elena se preguntó por qué había dicho algo así, lo que más deseaba era ver a su hijo crecer feliz y seguro de sus capacidades.

Las palabras le hacían daño a Pablo aunque su madre, ocupada en buscar consuelo para la propia herida, no lo reconociera. Lo único que él necesitaba era que comprendiera que no podía comer, estaba cansado y su boca no hacía por masticar. ¿Por qué era tan importante comer? Preferiría que lo

cogiera entre los brazos, que se quedara callada y lo apretara mientras él espantaba los fantasmas con los que soñaba casi todas las noches, sabía que los monstruos estaban escondidos en su habitación y no veía dónde, por más que abriera los ojos. No quería que le pasaran aquellas cosas, ni soñar, ni tener miedo, ni vomitar la comida, y menos aún que su madre se enfadara. Hubiera querido hacerse invisible, al menos meterse debajo de la mesa para que nadie lo viera y lo dejaran tranquilo. También le hubiera gustado que desaparecieran todos los macarrones del mundo. Si tuviera poderes haría magia para que no ocurriera lo que estaba ocurriendo, pensaba. Poco a poco, con los gritos que daba su madre supo que urgía reaccionar, así que dio un salto huyendo de las amenazas y se escondió detrás del sillón; no fue suficiente, a través de las lágrimas vio cómo, de muy mal humor, Elena se levantaba, iba a la cocina y regresaba con un tenedor todavía más grande. Estaba perdido, no podría soportar tantos macarrones al mismo tiempo entrando en su estómago.

¿Qué hacer?, le habían dicho muchas veces que no servía para nada, y quizá tenían razón, porque ni siquiera sabía cómo se hacía para que la comida se quedara en la tripa, abrió la boca cuando no tenía que hacerlo, se le escapó la comida donde no debía y consiguió que su madre, que era tan buena, dejara de quererlo. ¿Qué hace un niño cuando su madre no lo quiere? Una desconocida parte de sí mismo añoraba el tiempo en el que la cuna se balanceaba para espantar sus miedos.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? Tendrías que recogerlo tú, menudo castigo eres. Métete en tu cuarto y no salgas hasta que yo te lo diga. ¿A dónde vas si se puede saber?

—A coger mi libro de colorear —dijo con la voz estrangulada.

—Ah sí, mira lo que hago con tu libro —cogió el libro y lo utilizó como recogedor; cuando estuvo empapado de macarrones lo tiró todo al cubo de la basura—. Así aprenderás.

Una vez más, Elena sintió pena al verlo tan asustado y sin atreverse a protestar por la pérdida de algo que tanto le gustaba, pero ella estaba muy enfadada y él era un niño que daba muchos problemas.

Su madre había tirado el libro. Era su libro de dibujos, tenía todos los personajes de Peter Pan, le encantaba y podía pasar horas pintando de verde el traje, de azul el mar, y de marrón al capitán Garfio. Era un regalo de su amigo Guillermo en el último cumpleaños, y le encantaba porque nunca le habían regalado un libro. ¡Un libro! Desde que empezó a ir a la escuela, su amigo le hablaba de Peter Pan, y desde que se lo regaló podían hablar de las mismas cosas. Era mucho más que un libro, era un tesoro y lo había perdido, todo por no querer comer —bueno, sí que quería pero no tenía ganas—. En un arranque de madurez decidió pedirle perdón a su madre, le diría que no lo haría más, que comería mucho todos los días, todo lo que le pusiera en el plato, para que estuviera contenta de tenerlo como hijo. Secó sus lágrimas con rabia hasta que la cara se le quedó enrojecida; entonces, le prometió a Peter Pan que no lloraría más aunque le dolieran las cosas que le hacían, después de todo no sabía que no comer fuera tan malo, ni que fuera más importante comer que estar contento.

Pablo deseaba ser un niño bueno, hacerlo todo bien para que sus padres no se enfadaran siempre, pero era muy difícil, los mayores no le decían cómo se hacían las cosas, ellos a veces tampoco comían y no pasaba nada.

—Me voy —Elena se había arreglado como hacía casi todas las tardes para salir.

—¿A dónde vas, mamá?

—Voy a salir, tengo derecho, ¿no? No esperarás que me pase la vida aquí metida.

—¿Puedo ir contigo, mamá?

—No, hijo, no, bastante tengo ya, si al menos te portaras bien..., pero no me apetece que me estropees el único rato en que puedo descansar —una voz profunda le dijo que estaba siendo cruel pero no la tuvo en cuenta.

Pablo sabía que su madre no quería llevarlo a pasear porque había quedado con sus amigas, y no quería que lo vieran vomitar o llorar por cualquier cosa, era una vergüenza tener un niño así, eso lo había oído decir a sus padres muchas veces, quizá tuvieran razón, Sin embargo, a él le hubiera gustado ser diferente y no sabía cómo hacerlo. Por eso tenía miedo de que se cansaran, de que su madre se fuera y no volviera más. ¿Para qué quería un niño tan torpe? El nudo que tenía Pablo en la garganta se hacía más grande al hilo de sus pensamientos. Elena sonreía cuando estaba en la calle con otras personas, pero en casa siempre daba voces y se enfadaba por todo. A Pablo le temblaba el cuerpo al imaginar que se quedaría solo, si lo abandonaran no sabría qué hacer, a dónde iría siendo tan pequeño. Imaginaba cosas horribles, mucho peores que cuando tenía pesadillas. Lo cierto era que con siete años sentía un malestar mayor del que podía comprender. Nadie le había dicho que los niños no son culpables de que los mayores discutan, o que los padres tienen que arreglar sus problemas sin poner a los hijos por medio, quizá por eso sentía tanta culpa, porque era el blanco de las iras en todo momento. Pero

los adultos podemos ser tan egoístas que con demasiada frecuencia utilizamos a los niños para descargar nuestras frustraciones. Elena se disponía a salir y lo iba a dejar en casa sin más, no era la primera vez, nunca se paró a pensar qué sentiría su hijo.

—¿Y qué hago yo solo?

—Haces los deberes si tienes, y si no, ves la tele, tú sabrás... Tu padre vendrá pronto. Y no se te ocurra abrir la puerta, llame quien llame.

—¿Y si llama papá?

—Tu padre no necesita llamar.

Cerró tras de sí con un golpe seco, ni le dio un beso. Pablo se quedó apoyado en la pared, recostado sobre un mundo que se derrumbaba. La llave dio dos vueltas en la cerradura y Pablo sintió ganas de gritar pidiendo socorro, hubiera querido cogerse a las piernas de su madre y retenerla, pero el miedo lo paralizaba, dejó de oír sus pasos allá por el ascensor, entonces supo que se había quedado solo en mitad de la nada o en un lugar peor aún que la nada, en un pasillo frío y oscuro.

Sus grandes ojos recorrieron las paredes buscando con ansiedad las puertas, deseaba que por alguna de ellas apareciera su mamá diciéndole que ya no estaba enfadada, que lo quería mucho porque era un niño muy bueno. También podría entrar su padre con un balón en la mano dispuesto a irse con él a la plaza más próxima, allí echarían un partido, y para celebrar que era un campeón lo subiría a hombros; un día lo hizo y le encantó ver todas las cosas desde arriba. Sin embargo, la realidad era otra, no había nadie en la casa y el silencio se le antojó una amenaza terrible. Salió corriendo y encendió el televisor, buscó un canal en el que siempre había

dibujos y subió el volumen para que el pasillo y toda la casa se llenara de ruido. Al cabo de un rato, acurrucado en el sofá, se quedó dormido, pero tampoco había nadie que lo oyera soñar:

Todo estaba muy oscuro y solo unos ojos grandes, muy grandes y rojos lo miraban; quería correr y no podía moverse, intentaba gritar pero tampoco le salía la voz de la garganta. Veía a sus padres tranquilos, como si nada estuviera ocurriendo, parecían no darse cuenta, ellos discutían y gritaban pero cada vez más lejos, Pablo les hacía señas, los llamaba asustado y aunque se giraban hacia él no hacían nada.

Fue necesario emplear toda la fuerza que tenía, por fin rompió la tela que ahogaba su voz y un grito se oyó por toda la casa «¡Mamá, papá, por qué no me ayudáis, hay un monstruo en el armario y me quiere llevar!»

No sabía cuánto tiempo habría pasado hasta que por fin pudo abrir los ojos, entonces creyó comprobar que el monstruo se había ido y se alegró mucho. Sin embargo, la persiana estaba un poco levantada y la noche se colaba, insinuante y negra. Volvió a tener miedo, salió corriendo y cerró las puertas de todas las habitaciones, quizá detrás de algún mueble o debajo de la cama se escondía una bestia horrible. Encendió la lámpara del pasillo, la del comedor, la de la cocina, la del baño y todas las que encontró. No sabía qué más podría hacer para librarse de tan terrible amenaza. Sí, lo mejor sería que pidiera a Campanilla que viniera a rescatarlo de las garras de aquella cosa que quería comérselo.

En la tele continuaban los dibujos, pero ya no le gustaban, los había visto tantas veces que sabía lo que dirían y lo que harían antes de que aparecieran en la pantalla; aquello era

mentira, una mentira que había dejado de entretenerlo. Sintió malestar en la barriga, tenía hambre, se movía mirando a uno y otro lado como un furtivo, las rodillas le temblaban al dirigirse a la nevera aun sabiendo que allí no podría esconderse el monstruo porque hacía mucho frío. Tomó un yogur y después otro porque seguía teniendo ganas, luego buscó la caja de las galletas y comió hasta que no pudo más.

«Ahora sí que he comido, mamá estará contenta cuando se lo diga.» Imaginó a su madre diciéndole que se había portado bien y que lo quería mucho, y con aquella fantasía se tranquilizó, pero justo en aquel momento oyó que la puerta del piso se abría, asomó la cabeza al pasillo con miedo, mucho miedo, si no era su padre se escondería debajo del sofá para que no lo vieran.

—¿Qué haces, chaval?

—Nada, he sido bueno, papá —por fin Campanilla lo había ayudado, ya no tenía nada que temer.

—Nada... ¿Y los deberes? Me imagino que estarán hechos ya porque si no tendremos problemas.

—No tengo deberes —ya empezamos, pensó Pablo, como si sus padres no supieran decir otra cosa que no tuviera que ver con comer y hacer deberes.

—Tú debes de ser el único niño en no tener deberes, así te va ¿Dónde está tu madre?

—Se ha ido a un sitio al que tiene derecho a ir, pero yo he comido mucho.

—Siempre con sus tonterías. Tráeme una cerveza, venga, rápido, y la bolsa de las patatas, campeón.

Óscar se sentó en el sillón, en su sitio de siempre, y con el mando de la televisión buscó algún programa de los que a él

le gustaban. Cuando Pablo volvió con la cerveza, había en la pantalla del televisor mucha gente que hablaba y hablaba, pero no entendía nada; no le importó, se sentó junto a su padre, notaba lo fuerte que era y comenzó a sentir alegría, lo miraba de reojo pensando que de mayor sería como él. Como le había llevado la cerveza y le haría caso en todo, su padre estaría muy contento, sin duda jugaría con él si se lo pedía.

—¿Qué te pasa, enano?

—Juega conmigo, papá.

—Sí hombre, en eso venía yo pensando... Anda, ponte a hacer algo y déjame descansar.

Pablo pensó que al menos el monstruo se había ido, y aunque su padre no estuviera dispuesto a jugar, se portaría bien para no molestarlo, no fuera a salir otra vez y a dejarlo solo de nuevo. Óscar miraba la televisión y a veces murmuraba algo. Pensó pedirle que le contara una historia, como hacían los padres de Guillermo, pero permaneció callado aunque imaginándose que un día sus padres no estarían enfadados y entonces le contarían cuentos y jugarían.

—Venga, Pablillo, ve a por otra cerveza.

—¿Otra? Pues sí que te gusta la cerveza, te vas a emborrachar —se veía mayor haciendo aquellos comentarios, por eso improvisó una pose; con ella dejaba claro lo orgulloso que se sentía de saber comportarse como su padre quería que hiciera.

—Te importará a ti mucho lo que me bebo, anda, tira y cállate.

No comprendió por qué su padre se había puesto tan serio, seguro que había metido la pata otra vez. Es muy difícil ser niño porque nunca se sabe qué quieren los mayores que hagas, y por más que lo intentaba nunca hacía las cosas bien.

¡Qué ganas tenía de ser grande para no equivocarse! Sacó la cerveza de la nevera para llevársela y decidió darle una sorpresa que seguro le gustaría mucho: se fue a por la bolsa de las patatas y la puso sobre una bandeja, pero... mejor las pondría en un plato, como hacía su madre. Dicho y hecho, se subió al taburete, alcanzó el plato y lo llenó de patatas. Orgulloso de haber tenido tan buena idea, se lo llevó todo a su padre, pero la mala suerte quiso que no viera algo que había dejado en el suelo, no llegó a caer pero se tambaleó lo suficiente como para que la botella se volcara sobre las patatas. Intentó controlarlo todo y no pudo: cerveza, patatas y botella quedaron caprichosamente esparcidas sobre la alfombra, el sillón, el pantalón y los zapatos de su padre.

—Yo no he sido, yo no he sido —hubiera querido hacer magia para regresar en el tiempo y que todo estuviera ordenado, que nada de esto hubiera ocurrido, pero no era mago sino un niño torpe.

—Ya lo sabía yo, no puedes hacer nada bien, ¿verdad? Mira cómo lo has puesto todo —los gritos se le metían en la cabeza y le hacían mucho daño.

—Ha sido sin querer, papá.

—Sin querer, sin querer, si es que no se puede ser más torpe, hombre, recógelo ahora mismo; cuando salga de cambiarme, no quiero ver ni rastro de toda esta mierda, y te quedas en tu habitación durmiendo, que yo no te vea.

Recogió todo tan bien como pudo y se fue llorando a su habitación, convencido de que lo había estropeado otra vez, no hacía falta preguntar, ya sabía que no era un buen hijo, que estaban hartos de él. Si no hubiera tropezado, su padre se habría sentido orgulloso porque lo estaba haciendo muy

bien, pero no, tuvo que pisar aquella cosa y tirarlo todo. Se imaginó cuánto le gustaría ser listo, porque todo lo que le ocurría le decía que no lo era para nada, y eso lo ponía muy triste. No quería que le pasaran esas cosas y, sin embargo, cada vez era peor.

«Seguro que me van a abandonar, me llevarán a ese *colegio* que dice mi padre.» Se metió de nuevo en la cama, encogido sobre sí mismo, el dedo pulgar metido en la boca, sí, el dedo que calmaba un poco sus temores a pesar de que le habían dicho muchas veces que si seguía chupándose lo volvería a ser un bebé y se le caería la mano. «Bueno, pero a los bebés no les regañan.»

Se acordó del libro de colorear de Peter Pan que su madre había ensuciado con los macarrones, y comprobó que ya no servía porque era un asco, entonces buscó papel y lápices y se puso a dibujar. No sabía hacer a Garfio con el gancho en lugar de la mano, se detuvo a pensar que quizá se había metido muchas veces el dedo en la boca y por eso ya no sabía dibujar. Se enfadó aún más de lo que estaba y dejó de intentarlo. Lloraba con rabia y su padre lo oyó.

—Deja de llorar porque como entre, vas a llorar con motivos —le gritó.

Óscar no se había preguntado nunca qué motivos tendría su hijo para comportarse de aquella manera, y, lo peor de todo, qué motivos tenía él para tratar a un niño como si fuera un adulto viviendo en un régimen militar. Por qué estaba tan ciego que no veía lo mucho que necesitaba recibir cariño, lo importante que sería saber que lo amaban por encima de las torpezas, aunque algunas veces no quisiera comer, o rompiera algo, o no hiciera los deberes.

Pablo no sabía lo que eran motivos, tampoco sabía llevar una bandeja sin que se cayera, ni sabía dibujar, sería por eso que sus padres no lo querían mucho, pensaba él. Se imaginaba de un modo irracional y confuso que si lo cogieran en brazos y lo perdonaran, si se dieran cuenta de que solo era un niño, si le dijeran qué tenía que hacer para ser listo y valiente, a lo mejor no tendría que llorar. Claro que tampoco a Óscar ni a Elena se le ocurrió preguntarse si eran padres listos o torpes, estaban tan atados a sus propios demonios que no daban a su hijo una sola oportunidad. Aquella tarde hubiera sido muy sencillo reconocer el esfuerzo que hizo para satisfacerlo; bueno, alguna de las decisiones tomadas no había sido acertada, pero ¿quién no se equivoca? Así, Pablo habría aprendido a diferenciar lo que está bien de lo que está mal. No obstante, solo hubo una reacción desproporcionada por parte de su padre que lo sumió en el desconcierto.

Pablo consiguió calmar el llanto aunque las lágrimas no dejaban de resbalar por su cara; estaba muy triste y asustado, cada vez tenía más claro que sus padres no lo querían, nunca se lo habían dicho pero no hacía falta, lo sabía, si lo quisieran lo perdonarían. Por su pensamiento cruzaban ideas que no entendía muy bien.

Tres

Qué difícil era todo, Pablo se sentía como un gusano muy pequeño en un mundo lleno de aves dispuestas a devorarlo, no paraba de darle vueltas a la cabeza pensando cómo podría defenderse de tanto peligro, pero le faltaba capacidad para establecer estrategias, no era más que un niño y sus pensamientos se perdían fácilmente al tropezar con palabras cuyo significado no conocía aún. A veces recordaba lo que ocurría en los dibujos animados, sin embargo, no le servía nada de lo que ellos hacían porque nunca, en la calle o en el patio de la escuela, ocurrían las cosas del mismo modo. Se le ocurrió pensar que si fuera listo como Peter Pan, todo sería más fácil, pero solo podía haber un Peter Pan y como Guillermo se lo había pedido antes, le correspondía a él serlo. Estaba muy asustado, no creía que decírselo a sus padres sirviera de nada, con ellos nunca sabía si lo que hacía estaba bien o mal porque los reproches eran permanentes, y no lo abrazaban ni le daban besos como había visto que hacían otros padres. ¿Por qué? ¿Tan malo era?

Desde luego, para Elena tampoco era nada sencillo tomar la decisión adecuada, intuía que el comportamiento de su hijo

tenía algo de llamada de atención, llevaba mucho tiempo pensando que no lo atendían como sería necesario, pero siempre concluyó que al crecer iría desterrando los miedos y todas las rarezas; los niños son niños, decía, la única preocupación que tienen es jugar y poco más. Comprendía que sus intentos por tener a los adultos pendientes de él en todo momento tenían que ver con la necesidad de sentirse protegido. Elena, por su propia experiencia, sabía que algunas de las ideas que expresa la gente son erróneas, como pensar que los sinsabores vividos en la infancia los olvida el niño y no le dejan ninguna huella; no era cierto, lo podía afirmar sin duda alguna, ella tenía grabados en el alma muchos de los desaires que sus padres le hicieron. Cuando estaba embarazada, se prometió mil veces ser una madre tierna y generosa; sin embargo, qué maldita torpeza le hacía tropezar mil veces con la misma piedra: gritaba a su hijo, lo dejaba solo, no atendía su llamada, era un desastre y se sentía muy culpable. Parecía encontrarse maniatada, no tomaba la decisión de enfrentarse a la raíz del problema, le faltaba valor, y la rabia por sus propias frustraciones iba siempre a estrellarse contra el más débil. Por su parte, Óscar se había instalado en la comodidad de no querer problemas, era un hombre que escondía la cabeza tras el «no pasa nada, todo está bien»; en ningún momento se paró a pensar si podría hacer algo para que sus vidas, sobre todo la de su hijo, discurriera por un camino menos abrupto.

A veces, Pablo pensaba en sus abuelos como en las personas que lo cuidarían bien. Nunca los había visto, le dijeron que vivían muy lejos y él, después de oír lo que dijo un niño mayor en el patio, llegó a la conclusión de que estaban en el cielo y por eso no venían nunca a verlo. Lamentó tener tan

mala suerte porque si estuvieran más cerca se iría con ellos, sería como otros niños que siempre iban con sus abuelos y estaban contentos. «Los abuelos son como unos padres mayores que nunca se enfadan», le dijo una niña de su clase.

Su amigo Guillermo tenía mucha suerte, el abuelo siempre lo acompañaba al cole y le contaba muchas historias. En medio de tanto vaivén de pensamientos, la respiración de Pablo salía entrecortada, se metió en la cama vestido, se tapó la cabeza y apretó los ojos para dormirse pronto. Dedujo que no tenía sueño porque sus ojos no se querían cerrar aún; entonces, oyó que su madre entraba en casa. La primera idea fue salir a decirle que se quedara en la cama con él y le contara un cuento, pero ella no hacía nunca esas cosas porque tenía otras más importantes pendientes. Pablo deseó que al menos entrara y le preguntara por qué lloraba, por eso comenzó a suspirar con fuerza a ver si, al oírlo, se acercaba.

Elena no vio ninguna necesidad de entrar a ver a su hijo, iba y venía de uno a otro lado realizando sus tareas, quizá podría dedicarle unos minutos, hablar con él, preguntarle por sus cosas, sus juegos, sus amigos, y también por sus miedos, ¿pero de qué serviría?, pensó. De alguna manera y a través de algún atajo desconocido, había llegado a la conclusión de que nada podía ofrecer a un niño que parecía no estar interesado en nada, un niño apegado a sus manías y capaz de ignorar al resto del mundo. ¿Era así su hijo? Quizá lo que necesitaba era mano dura, o quizá se estaba equivocando en todo. «Déjalo ya, Elena, no le des más vueltas», se dijo.

—Mamá, mamá —llamó en voz baja, temía su reacción y por eso guardó silencio enseguida.

—¿Qué, dónde está Pablo? —oyó que preguntaba.

—¿Dónde quieres que esté?, pues dormido —la respuesta de su padre le molestó.

—¡Mamá! —Elena no lo oyó.

—Dormido... ¿Ha cenado?

—Creo que sí, la verdad es que se ha acostado llorando.

—Como siempre. ¿Qué ha pasado ahora?

—Pues ya sabes que es un desastre, cuando he llegado tenía todas las luces de la casa encendidas, la televisión se podía oír desde el rellano...

—Si es que tiene miedo, no deberíamos dejarlo solo.

—¿Y por qué lo has dejado? No creo yo que fuera tan importante que salieras con tus amigas hoy.

—Claro, mis cosas nunca son importantes, las tuyas sí.

—Mira, no tengo ganas de discutir, así que no empieces. Está en la cama porque me he sentado un momento a tomarme una cerveza y relajarme, y ha tirado la botella, las patatas; bueno, todo me ha caído encima. Como que me he tenido que cambiar, no te digo más... Vaya horas de volver tienes.

—¿Tienes prisa?, porque digo yo que sabes ponerte la cena, y si no, algún día tendrás que aprender.

—Sí que vienes bien, por mí ya ves... Anda, respira hondo y deja la guerra para otro día.

—Todo lo solucionas de la misma manera: «A mí ya ves», ¿Ya ves qué?, ¿me estás diciendo que no te importa, que te da todo igual?, ¿eso es lo único que tienes que decir? Por favor, Óscar, ¿no te das cuenta de que las cosas no pueden seguir así?

—No es que me dé todo igual pero tampoco me obsesiono como tú ni sé qué no puede seguir así, estamos trabajando y

criando a nuestro hijo, no le falta nada ni a nosotros tampoco, pero deberíamos poner más empeño en nuestra relación, así que a ver qué hacemos. Yo no tengo problema.

—Claro, tú no. A nuestro hijo quizá sí le falten muchas cosas, no es como otros niños. Desde luego, yo no sé a quién ha salido, me tiene aburrida, pero también tú podrías poner algo de tu parte.

—Otra vez. ¿Qué es esto? Siempre acusándome de no sé qué mierda. Deberías dejar de enjuiciarme, soy tu marido, no el responsable de los males del mundo.

—No te enjuicio, estoy harta de ver cómo se nos escapa de las manos, me siento responsable y me sublevo porque no tengo la obligación de llevar toda la carga. Eres su padre, dedícale un poco de atención, yo no puedo, estoy agotada, sola... Cada día que pasa nos parecemos menos a la familia que quise tener.

—Hoy te has leído un libro de autoayuda y te lo has creído, ¿verdad? A mí me parece que somos muy normales.

—No tengo ganas de bromas. Yo quiero ser normal. No soy una buena madre, lo sé, tampoco tengo madera de mártir, pero tú estás muy lejos de ser al menos un adulto normal, te miras tanto el ombligo que andas mareado siempre.

—¡Mamá! —gritó para que dejaran de discutir.

—¿Quieres cenar, Pablo?

—No, ya he comido, mamá. Ven.

—Pues anda, duérmete y no me hagas entrar.

¿Qué harían los otros niños para que los quisieran sus padres?, fue la última pregunta que se hizo Pablo aquella noche, pero nadie lo oyó. Decidió que al día siguiente se lo preguntaría a su amigo Guillermo.

Elena entró más tarde para apagar la lamparita que permanecía encendida, se quedó mirando a su hijo y no se sintió bien consigo misma; tuvo el impulso de darle un beso pero se quedó clavada junto a la cabecera de la cama con una angustia que no era del todo suya, salió de la habitación con el beso agonizando entre los labios y cerró la puerta tras ella.

—Y ahora, ¿qué te pasa?

—Estoy harta...

—¿Harta de qué?

—Se ha dormido con la ropa de todo el día, ha estado cenando yogur y galletas; no sé qué hacer, y tú mirando esa mierda de programa, ni siquiera tienes una respuesta cuando te hablo.

—No le va a pasar nada porque duerma vestido; anda, ven.

—¡Déjame! Qué pocos sentimientos tienes, tú a lo tuyo. Así no vamos a ninguna parte.

—¿Ya estamos con lo mismo? Anda, ni que yo tuviera la culpa.

—Has estado aquí, podrías haberte ocupado un poco de tu hijo, todo lo tengo que hacer yo y no puedo más.

—Oye, que he estado todo el día trabajando, no eres la única.

—Claro, y yo también, pero es que tenemos una criatura que necesita que la cuidemos y no creo que lo estemos haciendo bien.

—¿No estamos haciendo bien qué? No te das cuenta de que eres monotemática, siempre te quejas, todo el puñetero día repitiendo lo mal que estamos. Anda, mujer, búscate otra cosa, que con esto ya aburres. ¿Quieres decirle a la muchacha que venga también por la tarde? Pues venga, yo no tengo problema con eso.

—Es que no te das cuenta de que no está bien, tú no te has fijado en los niños de su edad. No me parece normal que se vaya a la cama llorando todas las noches. Come mal y a deshoras, en el cole no tiene amigos y la maestra está harta de él. Y tú todavía preguntas: ¿qué? Estoy agotada y tú solo te acuerdas de mí para... Cada día estoy más convencida de que eres tonto, egoísta, o ambas cosas a la vez.

—¡Vaya! Pues claro que me acuerdo para eso, somos jóvenes y yo tengo mis necesidades. Soy un hombre sano, mira tú, que tendrás queja... ¡Cuántas quisieran!

—No digas más tonterías, por favor... Cualquiera día desaparezo.

—Ya estamos con la retahíla, no sé qué quieres; el niño está bien, si acaso le sobran mimos, por eso hace esas tonterías, tendríamos que ser más duros con él y verías como espabilaba.

Elena comenzó a hablar como si no quisiera hacerlo, sabía que era una idea ridícula, incluso rara, pero de vez en cuando fantaseaba con que su madre mostraba interés por conocer a su nieto.

—Le voy a decir a mi madre que se lo lleve una temporada, ni tú ni yo estamos preparados para criar a un hijo.

—A buena hora te das cuenta, con las ganas que tenías de quedarte embarazada. Pero el niño no se va con la abuela, no, con ella menos que con nadie, en buenas manos lo ibas a dejar, si ni siquiera la conoce, y con lo rarita que es tu madre... Lo que le falta al niño es irse a miles de kilómetros a vivir con una bruja. Además, ¿ha mostrado alguna vez interés por venir a verlo? Pues entonces, ¿a qué viene esa tontería?

—Ya estás insultándola, si no la conoce es porque tú no lo has permitido, pero yo no tendría que haber tragado con eso. Después de todo es mi madre... Rara o no, es mi madre y tiene derecho a conocer a su nieto.

—¿Y tiene que ser ahora? Anda, no digas tonterías, mejor está en casa por muy mal que lo hagamos, cosa que no creo que sea así. Lo que pasa es que tú ves fantasmas por todas partes.

—¿Sí? ¿Y qué hacemos bien? Estamos todo el día gritándole y exigiéndole que comprenda nuestros malos rollos como si fuera un adulto. No somos buenos padres, lo estamos haciendo mal y somos incapaces de cambiar, estamos destruyéndonos y no damos un paso en otra dirección, nos falta valor—Elena lloraba enfurecida—. Sé que debería abrazarlo, besarlo y tener más paciencia con él pero no puedo. Y tú menos aún, andas muy ocupado con tus líos, con tus amantes, tratándome como si fuera un cero a la izquierda, pero la culpa es mía, siempre mía, por lo que hago y por lo que dejo de hacer. ¡Menuda mierda me ha tocado!

—Amantes... Qué mente tienes, pareces de otra época. Cuántas veces y de qué manera tendré que decirte que fue solo un calentón, tú no me haces caso y no pude resistirme, pero no tengo nada con ella.

—Deberías dejarme, irte de mi vida para siempre, me has convertido en lo que más odio.

—Venga, déjate de llantos y no te deprimas más, que tan mal no lo estamos haciendo. Vamos a la cama, tonta, te demostraré que solo te quiero a ti.

—¡Vete a la mierda, Óscar! ¿Acaso crees que soy tu puta? Te estoy hablando de otra cosa, de amor, de compañerismo, de

complicidad para dar a nuestro hijo lo que necesita, y la respuesta que tienes es echar un polvo. ¡Maldita sea, déjame sola, estaré mejor!

—Pues mira, igual me voy.

—Que sea pronto, por favor.

—No sé cómo soporto a una loca inútil como tú.

—Deberíamos acabar con esto, para qué seguir amargándonos la vida. ¡Vete!

A Pablo lo habían despertado las voces de sus padres, temblaba de miedo al oírlos discutir una vez más. Estaba convencido de que era culpa suya, de que siempre peleaban por él... Como no era buen hijo, se enfadaban. A su cabeza volvía una y otra vez la misma pregunta, ¿cómo ser un buen hijo? Introdujo el dedo pulgar en la boca y mordió hasta hacerse daño, pero no le importaba que le doliera. Continuó así hasta quedarse dormido, entonces fue peor porque tuvo una pesadilla.

Al despertar por la mañana, no tenía ganas de nada, estaba asustado y triste. En el cole todo era muy aburrido, no le importaba lo que dijera la maestra, no quería saber nada. ¿Para qué? Con la apatía como segunda piel, intentaba dibujar al capitán Garfio, no sabía por qué lo hacía, la verdad es que cada vez le gustaba menos y le daba más miedo. En aquel momento decidió que nunca más dibujaría el gancho que tenía en vez de la mano, seguro que se la habían cortado por ser malo. Luego habló de ello con su amigo:

—¿Sabes por qué no tiene mano? Porque se la mordió él solo mientras dormía —no estaba seguro, pero esperaba que su amigo le dijera que estaba equivocado, que eso no podía suceder.

—No, hombre, eso no puede ser porque no comemos cuando estamos dormidos —Pablo se alegró al oírlo.

—Pero a lo mejor Garfio llevaba un gancho de hierro porque no hizo caso de sus padres, o porque fue un niño torpe que lo hacía todo mal y por eso se le cayó la mano.

—No, es que era un pirata y por eso tiene que ser así.

—¿Y qué es un pirata?

—Pues son hombres muy malos pero muy valientes que siempre ganan las peleas en los barcos.

—¿Seguro?

—Claro, pero el capitán Garfio no era malo, lo que pasa es que como era pirata tenía que hacer esas cosas que parecen malas, pero si no asaltaba barcos para quedarse con los tesoros, lo hubieran quitado de pirata... Me lo ha dicho mi padre.

Lo que dijo su amigo le dio alguna tranquilidad, así que Pablo intentó, una vez más, dibujar a Garfio con cara de no estar enfadado, pero no le salía lo que quería, por eso fue emborronándolo todo mientras la maestra hablaba. Cuando levantó el lápiz, el dibujo no era más que una mancha oscura, comenzó a borrar y borrar con tanto ahínco que podía ver la siguiente hoja de la libreta. Con pena pensó que a él también le gustaría ser un pirata muy valiente para ir con su barco muy lejos, peleando y venciendo a todos para tener muchos tesoros y muchos amigos.

—¿Por qué lo borras? —Guillermo, que estaba a su lado, le hablaba en voz muy baja para que la maestra no lo oyera.

—Es que no me gusta, es muy feo, como un monstruo.

—A mí sí me gusta, mi padre dice que es malo pero simpático porque es de broma.

La maestra, enfadada, les llamó la atención para que dejaran de hablar aunque, como siempre, a quien se dirigía era a Pablo. Además, hizo un gesto con el que expresaba que estaba cansada de él porque siempre tenía que ser el mismo trasto, el que molestaba al resto de la clase. Así lo entendió Pablo y, de un modo confuso, le pasó por la cabeza la idea de que a su maestra tampoco le caía bien.

Pablo agachó la cabeza al darse cuenta de que la clase entera, atraída por los comentarios de la maestra, lo miraba y sonreía burlonamente. Sintió mucha vergüenza, se encogió tanto como pudo para ver si se confundía con la silla y dejaban de verlo. Entonces, como en otras ocasiones, Guillermo lo defendió:

—Es que yo le estaba preguntando una cosa, maestra.

—Sí, claro... No seas tan bueno, Guille, que conozco a Pablo.

No comprendía por qué la maestra le echaba todas las culpas, si quien hablaba era Guillermo le decía que era bueno y le sonreía; sin embargo, aunque él estuviera en silencio le decía que era malo. Hubiera querido salir corriendo y dejar la clase, pero no podía irse, tenía que esperar hasta que vinieran a buscarlo. ¡Qué mala suerte ser niño! Se le hizo un nudo en la garganta sin tener idea del motivo. Si alguien lo llevara a un lugar en el que fuera posible vivir muchas aventuras con los niños perdidos como Peter Pan... Si fuera mayor se iría muy, muy lejos. Cerró los ojos e inició un viaje al país de «nunca jamás volveré a hacer las cosas mal», y se durmió.

Zarandeado levemente por su amigo, levantó la cabeza.

—Te has dormido, despierta que ya es la hora de ir al patio —Guillermo sabía que si la maestra se daba cuenta, se

enfadaría otra vez, y él no quería que regañaran más a Pablo porque siempre le hacían llorar.

—Me da igual, yo no quiero ir a jugar.

—Mira, tengo aquí mi bocadillo y me lo tengo que comer, porque si no mis padres se ponen tristes... Vente al patio, yo te doy un bocado.

—No puedo comer ahora porque entonces luego no tengo hambre y mi madre se enfada mucho, mucho. ¿Tu madre no se enfada?

—No, siempre me dice que si no como me pondré enfermo, pero no se enfada, y mi padre tampoco.

—Pues cómetelo, yo no quiero.

—Pero es que es muy grande. ¿Quieres un poco o no?

—No, cómetelo tú, yo no quiero.

—¿Por qué no quieres?

Pablo se encogió de hombros, no quería comer ni jugar. Miraba a su amigo y a los otros niños que salían contentos de la clase, pero él no acertaba con lo que tenía que hacer, no comprendía nada de lo que le pasaba. ¿O era a los mayores a quienes les ocurría algo y no lo sabían? Guillermo tiró tan fuerte como pudo y arrancó un trozo de bocadillo para dárselo a su amigo.

—Guillermo, vamos a ver, ese bocadillo te lo comes tú, porque te lo ha hecho tu madre a ti.

—Seño, es que quiero darle un poco a Pablo porque es mi amigo.

—Pues que Pablo se coma el suyo.

—Es que no tiene.

—Pues mejor, si no tiene por algo será, pero el tuyo es tuyo.

—Yo no quiero, no tengo hambre, estoy malo y no quiero comer —los ojos de Pablo cayeron en un abismo.

—Vamos, Pablo, no puedes quedarte en clase, sal al patio como los demás. ¡Por Dios, qué niño!

La maestra le hablaba con el mismo tono de voz de su madre cuando estaba enfadada, y eso pasaba todos los días. Ni una ni otra parecían darse cuenta de que Pablo les tenía miedo, de que estaba harto de tanto mal humor aunque no supiera decirlo. En su cabeza se juntaban muchos pensamientos oscuros y no tenía suficientes palabras para decir lo que sentía.

La maestra enseñaba cosas que hay en los libros pero se olvidaba de lo importante: el afecto, o que a veces, cuando tenemos ganas de llorar, es bueno que alguien nos abrace. No se daba cuenta de que los niños no son felices por el simple hecho de ser niños, también tienen preocupaciones y, desde luego, Pablo tenía muchas. Sin embargo, cuando lo miraba lo único que veía era un niño caprichoso, sin disciplina ni gracia; no era un alumno como los demás, andaba siempre distraído y, como no mostraba interés por lo que ella pudiera enseñarle, no podía sino lamentar la mala suerte de tener en clase una criatura de la que no podría sacar provecho alguno.

—Vamos, sal al patio, si no sales ahora te dejaré toda la semana castigado —insistió.

Pablo no podía moverse, no sabía qué quería la maestra que hiciera, por qué lo quería castigar si no había hecho nada malo. Miraba a su amigo, que mordía con ganas el bocadillo y a él también le hubiera gustado comer, pero si le pedía un poco, seguro que la maestra le diría que no. Pensó salir corriendo y escaparse, pero no tenía a dónde ir, entonces rompió a llorar

con tal fuerza que sus compañeros de clase se asustaron. Guillermo también lloraba y dejó de comer porque le dieron ganas de castigar a la maestra, que estaba haciendo daño a su amigo Pablo. Se quedaron solos en la clase, uno llorando con la cabeza sobre la mesa y escondida entre los brazos, el otro a su lado, sin saber qué hacer pero echándole la mano sobre los hombros y diciéndole que no llorara más porque la maestra ya se había ido.